

pero mucho mas en conservarlo afectuosamente grabado en el corazon , pronúnciándolo siempre con el mayor respeto , y con afectos de amor y de reconocimiento. Lo segundo , en rezar cada dia devotamente algunas oraciones en honra suya , como pueden ser los himnos que se cantan en la iglesia. Lo tercero , en no emprender ni dar principio á obra alguna sino bajo los auspicios de este dulcísimo nombre.

2. Tambien es devocion muy loable , y fué muy familiar á muchos santos , el no negar cosa , en cuanto sea posible , que se nos pida por el nombre de Jesus ; limosnas , oficios , favores. Al despertar por la mañana , y al acostarse por la noche , da principio y fin al dia con pronunciar los dulces nombres de Jesus y de Maria : costumbre santa que te facilitará el pronunciarlos con humilde confianza en la hora de la muerte. Muchas almas santas siempre que oyen pronunciar el dulce nombre de Jesus , corresponden reverentes inclinando un poco la cabeza , ó á lo menos interiormente con algun acto de amor de Dios , y con afectos de ternura y de agradecimiento. Adelántese tu veneracion á este santo nombre hasta respetar todo aquello donde lo veas escrito ó estampado. Ten á la vista en tu cuarto grabadas con letras grandes aquellas palabras del Apóstol : *In nomine Jesu omne genu flectatur , caelestium , terrestrium et infernorum*. Doblen la rodilla al nombre de Jesus el cielo , la tierra y los abismos.

DIA VEINTE Y UNO.

SAN HOSPICIO, ó SAN SOSPIS,

RECLUSO DE PROVENZA , CONFESOR.

San Hospicio , llamado vulgarmente san Sospis , florecia en Provenza á mediados del sexto siglo. Era francés ; pero se ignora el lugar de su nacimiento. Habiendo oido hablar de la vida penitente y de la santidad de los solitarios de Egipto , se sintió encendido en deseos de imitarlos. En medio de sus pocos años , se resolvió á pasar el mar para aprender de aquellos maestros de la vida espiritual la ciencia de los santos y el camino de la perfeccion.

Animado de este deseo , se encaminó á Egipto , y penetrando en lo mas interior del desierto , visitó á muchos de aquellos santos anacoretas. Fácilmente se puede comprender la impresion que harian en un corazon tan bien dispuesto aquellos grandes ejemplos de virtud. Admiraba en unos la inocente crueldad con que maceraban su cuerpo ; en otros , aquel perpetuo silencio ; y en todos , aquel universal desasimiento , aquel espíritu de mortificacion , aquel puro amor de Jesucristo , y aquella constante perseverancia en la oracion. Habiendo hecho de esta manera el noviciado de la vida ascética , se restituyó á Francia , con resolucion de poner en práctica los grandes ejemplos de que habia sido testigo , y las no menos grandes lecciones que habia aprendido. Desembarcó en la Provenza , y á una legua de Niza descubrió en una peninsula un torreón arruinado , que le pareció muy á propósito para satisfacer su deseo de vivir en

una profunda soledad, y de exceder, si pudiese, las penitencias que hacian los anacoretas del Oriente.

Lleno de aquella santa confianza y de aquel aliento que inspira el amor puro de Dios, se encerró en aquellas espantosas ruinas, resuelto á ocuparse únicamente en Dios, entregándose á la abstinencia y á la mortificacion de la carne todo cuanto fuese posible á las fuerzas naturales, con asistencia de la divina gracia. Así lo hizo; y desde luego asombró á todos su vida, teniéndola por una especie de prodigio.

Andaba cargado de pesadísimas cadenas de hierro, bajo un áspero cilicio erizado de puntas que le picaban en la parte del cuerpo que no rozaban las cadenas. Su habitacion mas parecia sepultura que celda; su ayuno era continuo, y toda su comida se reducía á pan y dátiles. En tiempo de cuaresma doblaba las penitencias; su alimento en ella eran unas raices de Egipto sumamente desabridas, y muy usadas de aquellos anacoretas, haciéndolas venir por medio de los mercaderes que iban á negociar en Alejandría. Trabajaba algunas horas en hacer cestos de junco y de hojas de palma, pasando en oracion el resto del dia y casi toda la noche. Apenas era su cuerpo mas que una llaga, despedazado por los instrumentos de mortificacion, y medio comido por los gusanos de que estaba todo cubierto; en fin, vivía por milagro.

Esparciose presto la voz por toda la costa de que habia en el torreón un hombre maravilloso. Su aspecto, sus palabras y su penitencia hicieron conocer á todos el mérito y el valor de aquel tesoro escondido. El mismo Dios tomó de su cuenta manifestar la santidad de su siervo con gran número de milagros. Concurrían de todas partes á ver al anacoreta del Occidente, que en devocion, en ayuno y en penitencia excedía (así se decía) á los solitarios de

Egipto. Era tanto el concurso, que le obligó á tapiar el torreón, dejando solo una ventanilla bastante elevada por donde recibía el poco alimento que necesitaba, y desde donde hablaba á los que iban á consultarle y á encomendarse á sus oraciones.

A media legua de la ermita donde estaba nuestro santo habia un monasterio, cuyos monjes iban á visitarle frecuentemente, y siempre sacaban mucho provecho de sus conferencias espirituales. Por este trato familiar, y por lo mucho que los ayudaba á caminar hácia la perfeccion, le llamaban su padre y su abad; expresion de cariño y de respeto en que se fundó la equivocacion de algunos escritores, que juzgaron habia sido efectivamente abad de aquel monasterio. Dotado del don de profecía, predijo la irrupcion que los Lombardos habian de hacer inmediatamente despues de la muerte de su rey Cleb, ó Clefis, en los parajes de Francia contiguos á los Pirineos. Cuando Dios le dió á entender que se iban acercando aquellos bárbaros, lo previno á los pueblos de la campaña para que tomasen sus medidas, y se retirasen con tiempo á las poblaciones grandes, llevándose sus muebles y ganados.

El mismo aviso dió á los monjes del monasterio inmediato á su ermita, aconsejándoles que cuanto antes se retirasen con los vasos sagrados. Ellos le rogaron que tambien él mismo se retirase, y se fuese con ellos; pero no quiso abandonar su celdilla: y como insistiesen los monjes en que no le habian de dejar, el santo les respondió: *Id, hijos míos, y poneos á cubierto mientras pasa la tempestad; no tengais cuidado de mí, porque, aunque los bárbaros ejecutarán conmigo mil ultrajes, no me quitarán la vida. Vosotros sí que correis mucho peligro si cuanto antes no os poneis en salvo.*

El suceso comprobó luego la profecía. Pasaron los

bárbaros los Alpes hácia el año de 576, y se extendieron por la costa de Génova y de la Provenza. Una manga ó un destacamento de ellos se avanzó hasta Niza, y llegó al pié de la torre donde hacia penitencia nuestro santo. Al primer rumor que oyó, se asomó á la ventanilla, y luego que le reconocieron los Lombardos, cercaron la torre; pero no descubriendo puerta por donde entrar, dos de ellos escalaron hasta el techo, y por él descendieron á la celda. Quedaron asombrados, no menos de su tranquilidad que de aquella habitacion; pero reparando por entre el cilicio las cadenas que rodeaban todo su cuerpo, creyeron desde luego que seria algun insigne malhechor, á quien por sus delitos tendrian encerrado en aquella torre, y mirándole con horror, le cargaron bien de injurias. Buscaron un intérprete, por cuyo medio le preguntaron qué delitos habia cometido; y como el santo respondiese que era verdaderamente lo que ellos habian imaginado, pues apenas se hallaria maldad de que no se creyese delincuente, un bárbaro levantó el sable para hendirle la cabeza; pero secándosele de repente el brazo, y dejando caer el sable, se quedó con el brazo levantado; á cuya vista dando sus compañeros grandes alaridos, preguntaron al santo que se habia de hacer en aquel lance. Mandó Hospicio al soldado que se acercase á él, y haciéndole la señal de la cruz, no solo volvió repentinamente el brazo á su estado natural, sino que con otro mayor milagro el bárbaro se convirtió á nuestra santa fe; y en lugar de seguir á sus compañeros, no quiso separarse de nuestro santo, y despues se hizo religioso en el monasterio cercano, donde vivia aun con edificacion cuando san Gregorio Turonense escribia esta historia.

Retirados los bárbaros, se restableció la tranquilidad, y creció tanto la veneracion á nuestro Hospicio, que

de todas partes concurría la gente á encomendarse á sus oraciones. El suceso que verificó su profecía, la conversion del soldado y los milagros que obraba cada dia, hicieron célebre su nombre en toda Italia y en toda Francia.

Un ciudadano de Angers habia perdido el habla y el oído en una violenta enfermedad, que le puso al borde de la sepultura. Resolvió ir en peregrinacion á Roma con el piadoso fin de visitar los sepulcros de los santos apóstoles san Pedro y san Pablo, como tambien las catacumbas de los santos mártires, para que el Señor por su intercesion le concediese algun alivio en aquel doloroso accidente. Juntóse en el camino con un diácono, que hacia el mismo viaje; y habiendo llegado á la Provenza, tuvieron noticia de las maravillas que cada dia obraba el Señor por medio de nuestro santo, lo que les metió en gana de verle; pero asaltando al pobre enfermo la calentura, no le fué posible salir de la posada, y solo su compañero pudo ir á visitar á san Hospicio. Despues de haberle dicho el diácono el motivo de su viaje, le suplicó que en sus oraciones se acordase de su compañero. *Pues traédmele acá*, respondió Hospicio. Al punto fué el diácono por él, y conducido á la torre, sacó el santo el brazo por la ventana, asíóle de los cabellos, arrimóle hácia sí, ungióle la lengua con algunas gotas de aceite bendito, derramó un poco sobre la cabeza, y exclamó: *Abranse tus oídos en nombre de nuestra Señor Jesucristo, y aquel mismo Dios omnipotente, que lanzó el demonio del hombre sordo y mudo, te restituya el uso de la lengua.* ¿Cómo te llamas? Al momento respondió el enfermo, expresándole su nombre con la lengua expedita y con voz clara y sonora; y lleno de gozo por verse de repente sano y bueno, levantó las manos al cielo, y exclamó diciendo: « Bendita » sea para siempre la bondad de mi Dios y mi Señor,

» por la maravilla que acaba de obrar con este siervo
 » suyo. Iba yo á Roma para hallar en la intercesion
 » de los santos apóstoles algun alivio en mis males;
 » pero en Provenza encontré con un san Pedro, con
 » un san Pablo, y con un san Lorenzo, en la persona
 » de este santo ermitaño. »

Todavía estaban todos atónitos en vista de este prodigio, cuando se apareció un buen hombre llamado Domingo, ciego de nacimiento, que por consejo de nuestro santo habia estado tres meses en el monasterio. Preguntóle el siervo de Dios si veria de buena gana: « Yo no sé qué cosa es ver (respondió el ciego), » porque jamás he tenido el uso de la vista; pero, según lo que he oido decir, esto de ver debe ser cosa » tan buena, que me alegraria mucho de hacer por » mí mismo la experiencia. » Haciendo entonces el santo la señal de la cruz sobre los ojos de Domingo con aceite bendito, le dijo estas palabras: *En nombre de Jesucristo, nuestro Redentor, sean abiertos tus ojos*. Al instante se le abrieron; pero aquel hombre quedó tan lleno de admiracion y de asombro á vista de la luz, y de todo cuanto se le ponía delante, que por largo espacio de tiempo estuvo como inmóvil y aturdido, siendo cada objeto para él un nuevo motivo de pasmo. Este segundo milagro hizo aun mas ruido que el primero. Concurrían los enfermos hasta de las mas remotas partes del Oriente, y todos se volvian alabando al Señor, y publicando en todas partes la eminente santidad y el gran poder que tenia con Dios aquel nuevo taumaturgo.

Habia mas de quince años que vivia Hospicio en su torre, mas como ángel que como hombre, cuando el cielo le reveló su cercana muerte. Confió esta noticia al prior del monasterio, pidiéndole que hiciese abrir la puerta de la torre, y que fuese de su parte á decir á Austadio, obispo de Niza, que dentro de tres

dias moriria; que le suplicaba fuese á visitarle, sin duda para que le administrase los santos sacramentos, y para que diese providencia en órden á su sepultura.

Esparciéndose en Niza la voz de la cercana muerte del santo, un ciudadano, llamado Crescente, corrió prontamente á la torre; y mirando atentamente á Hospicio por la ventana de la celdilla, quedó aturdido de lo que veía. Movido de lástima y de asombro, sin poder reprimir las lágrimas le preguntó: « ¿Cómo es » posible que cargado de cadenas, y medio comido » de gusanos, hayas podido sufrir tantos años tan » largos y tan crueles tormentos? — Aquel Señor, » por cuyo amor me resolví á ponerme en este estado » (respondió el santo), pudo fácilmente darme fuer- » zas para tolerarlos, y supo tambien endulzar toda » su amargura. »

Conociendo que se acercaba su fin, hizo que le quitasen todas las cadenas. Pasó despues muchas horas en oracion; levantóse de ella; tendióse sobre un banco con las manos elevadas al cielo, el semblante dulce, sereno y apacible; dió gracias á Dios por todos los favores que habia recibido de su liberal mano, y encomendándole su alma, espiró tranquilamente el dia 21 de mayo de 581. En el mismo instante que espiró, desaparecieron los gusanos de que estaba todo cubierto, quedando su cuerpo limpio; y el obispo Austadio dispuso enterrarlo con toda la pompa que merecia su eminente santidad.

San Gregorio Turonense asegura haber oido de boca del mismo sordo y mudo á quien curó milagrosamente san Hospicio, todo lo que refiere de esto en la vida que escribió de nuestro santo. En otra de sus obras añade que al tiempo de enterrarle, un hombre tomó una porcion de tierra de la sepultura para llevarla al monasterio de Lerins. Embarcóse en un navío que iba á Marsella; pero habiendo entendido que así

el patron como el piloto y la mayor parte de los marineros eran judios, no se atrevió á declarar su intento; mas llegando enfrente de la isla de Lerins, se paró el barco, no obstante que soplabá un viento fresco por la popa. Quedó pasmada toda la tripulacion. Entonces declaró el pasajero que era cristiano, y que llevaba al monasterio de Lerins una porcion de tierra de la sepultura de san Hospicio; añadiendo que no dudaba sucedia el prodigio por virtud de aquella reliquia, y que mientras no volviesen la proa hácia la isla, seguramente no se moveria el buque. Aparejaronse hácia ella las velas, y se dirigió al mismo rumbo el timon; al punto movió el navio en derechura á la isla de Lerins, donde desembarco el pasajero, y siguió el barco su derrota. Por este milagro fué nombrado san Hospicio por uno de los santos tutelares de la isla.

Guárdanse aun preciosamente en la catedral de Niza las reliquias de este gran santo; y se muestra tambien alguna parte de ellas en las iglesias parroquiales de Villafranca y de Torbia. La península donde estaba la torre, conserva todavía su nombre, llamándose la *península de san Sospis*.

SANTA MARÍA DE SOCORS, VÍRGEN.

Santa María de Cervellon, llamada comunmente de Socors, á causa de los socorros que prestó á toda clase de necesitados en la tierra y en el mar, nació por los años de 1230 en la ciudad de Barcelona, de la ilustre y muy distinguida familia de los Cervellones, enlazada con la real sangre de los condes de aquella ciudad. Fuese por los ruegos de san Pedro Nolasco, cuya proteccion invocaron los padres de la santa para

que intercediese con el Señor á fin de que les diese sucesion; ó porque Dios les concediese este único fruto de su bendicion, atendidas sus fervorosas súplicas y piadosas intenciones; lo cierto es que María se dejó ver en el mundo dotada de un sinnúmero de gracias correspondientes á los altos fines que sobre ella tenia la divina Providencia. Recibió el bautismo en la parroquia de Santa María del mar, y con él aquel candor y pureza que confiere el sacramento, la que conservó inviolable toda su vida, correspondiendo con su conducta á la santidad del nombre que le impusieron en honor de la Reina de los ángeles.

Su madre, señora de grande mérito, quiso encargarse por sí de su primera educacion, y formarla en la virtud desde sus mas tiernos años; creyendo juiciosamente que estas primeras impresiones influyen no poco en el resto de la vida, y que son la semilla fecunda á que corresponde el fruto en la sucesion del tiempo. Con estas miras se aplicó á imprimir en el delicado corazon de la niña los altos dictámenes de la religion, el desprecio de las vanidades del mundo, y las saludables máximas del Evangelio. Hacian estas lecciones tanto efecto en el alma de María, que por el gusto con que las oía, y los esfuerzos con que procuraba pónelas en práctica, daba sensibles señales de su aprovechamiento. Su total distraccion de los pueriles entretenimientos, su inclinacion como natural á la virtud, su devocion, su caridad, su candor y su modestia, excediendo á lo que ordinariamente se puede esperar de una edad tan tierna como era la suya, hicieron conocer á sus padres que el temperamento y humor natural no eran los que gobernaban la madurez de juicio y gravedad de la niña, sino el movimiento de una particular gracia con que Dios la habia prevenido, para desprenderse del amor de las